

# Gran Premio de Arquitectura a un Industrial

*El Círculo de Estudios Arquitectónicos de París ha otorgado al eminente industrial italiano Adriano Olivetti el Gran Premio de Arquitectura. Con motivo de este acto, pronunció el discurso que aquí se publica.*

*Olivetti, al modo de un gran señor del Renacimiento, tiene a su cargo a eminentes arquitectos italianos de su época, que elevan sobre el suelo de Italia las más audaces y bellas creaciones, continuando en nuestros días la huella que dejaron los grandes maestros italianos de otras épocas.*

Mis queridos amigos:

Estoy seguro de que el Gran Premio de Arquitectura para 1956, que me ha sido otorgado, es un testimonio del respeto que vuestro Círculo concede a los arquitectos italianos que me han ayudado a dar vida a un ensayo de cooperación entre una fábrica y la ciudad.

La dignidad de este premio y de este honor, que comparto con mis amigos, son para mí particularmente gratos, porque ponen en evidencia que nuestras preocupaciones son las vuestras, que nuestras investigaciones son las vuestras y que nuestras esperanzas son vuestras esperanzas.

Permitidme decirlos en seguida que soy sencillamente un huésped en los dominios superiores de la arquitectura y del urbanismo. Sin embargo, gracias a los numerosos años de un trabajo irregular, ciertamente, pero intenso, me siento orgulloso de ser considerado como uno de los vuestros.

Ya en la época lejana de 1937, con nuestros camaradas de grupo Banfi, Belgioiso, Peresutti, Rogers, con Figini y Pollini, con Piero Bottoni, habíamos preparado el primer plan regional italiano. Proseguimos esos estudios en 1939, cuando el plan de Ivrea fué confiado a Piccinato, y, posteriormente, en 1947, cuando, sin que yo lo haya merecido, un grupo de jóvenes me elevó a la presidencia, así como al Instituto Nacional de Urbanismo, con sus enormes responsabilidades. Y, por último, en 1949, cuando la primera batalla por la U.N.R.R.A. Casas, el organismo estatal de la edificación, responsable de la construcción de aldeas de montaña y de numerosos pueblecitos relacionados con la reforma agraria.

Pero no quiero continuar una crónica personal, puesta de relieve, sobre todo, por la presencia a mi lado de los más preclaros talentos de la arquitectura italiana, a quienes la casualidad me ha permitido apreciar de muy cerca, y a veces, pero no siempre, desgraciadamente, poder ayudarlos en sus luchas.

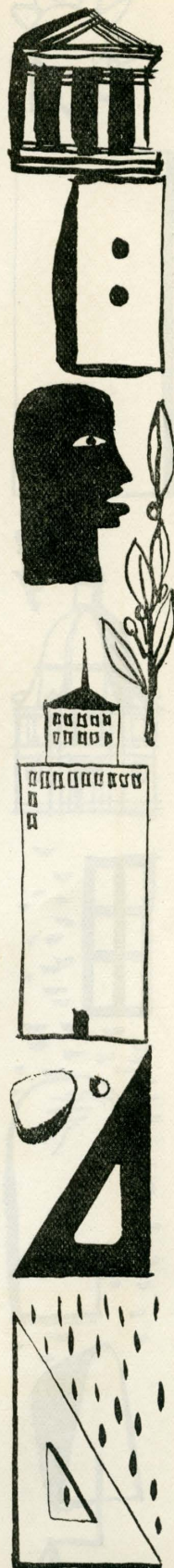
Si refiero aquí estos recuerdos personales es porque esta experiencia me ha ayudado a comprender y, también, porque me agrada repetir ante vosotros que la batalla de la arquitectura se extiende incluso más allá de los límites profesionales y, acaso, hasta más allá de los valores puramente artísticos, como que tiene una alta significación moral, social y política.

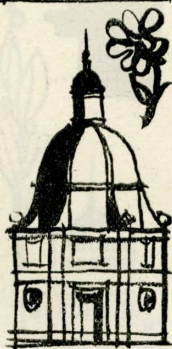
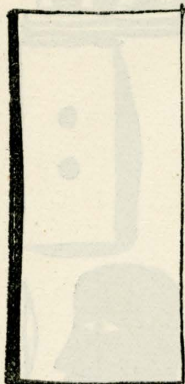
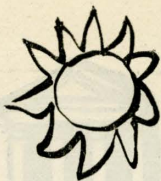
Ved ahí por qué esta experiencia, vivida en común con los arquitectos y los urbanistas, me ha ayudado, tal vez más que cualquiera otra actuación, a clarificar mis ideas acerca de los métodos y los fines de nuestra civilización.

De este encuentro ha nacido una rica y fecunda colaboración, continuos cambios de conversaciones entre nuestros amigos arquitectos y urbanistas y otros hombres inteligentes: los economistas, los sociólogos, los juristas, los administradores y los políticos. Todos unidos, tratamos de clarificar los principios y de establecer nuevos programas de renacimiento moral y material de nuestro país. Y ello se ha producido de tal modo bien, que nos sentimos orgullosos de poder afirmar que hemos organizado las fuerzas culturales que operan en unión íntima y fraternal con los arquitectos y los urbanistas. Se trata, pues, de un movimiento fundado en la integración de la persona humana en la comunidad territorial.

Con este solo fin es con el que deseamos un Estado fuertemente organizado, con objeto de que la sociedad sea libre y pueda establecer un modelo de civilización que, lejos de ser esclava de la técnica, aparezca, por el contrario, al servicio de los fines esencial y profundamente humanos.

Así, el Estado será un medio para permitir a la sociedad que pueda expresarse libremente. Si los fundamentos del Estado están sometidos a medidas, a relaciones especiales, como la métrica respecto de la palabra rimada, la sociedad podrá realizar una síntesis espiritual. Tal es el único medio de llegar a esa verdadera civilización que presupone y exige una síntesis y una armonía completa de los valores para que se la considere actualizada.





De la misma manera, la métrica no conduce al escritor a una libertad absoluta, pero tampoco a su encadenamiento. En cambio, puede dar nacimiento a la poesía, que es obra creadora del artista; esto es, libre. Pero esta obra no proviene de la métrica, la cual constituye simplemente el medio, el cuadro en que se la presenta.

Todos aquellos que durante su vida se han preguntado acerca de las relaciones entre la vida, la Naturaleza y las ciencias exactas no podrán calificar estas reflexiones de fantásticas o de abstracciones insensatas.

Este vínculo misterioso entre el orden, el número, la Naturaleza y la vida ya fué intensamente sentido desde las primeras escuelas pitagóricas hasta Platón.

En un orden político que responda a una sociedad de cultura muy adelantada se debería hallar en todas partes un ritmo regular, un retorno continuo a una identidad de formas y a la invariabilidad de los números.

Y todo ello porque sin orden, sin simetría, no puede alcanzarse la armonía, y era precisamente esa misma armonía la que buscábamos, puesto que la percepción de las relaciones y de las proporciones se identifica con las operaciones elementales del juicio, a la vez que la inteligencia, en su trabajo de síntesis creadora, conduce a la armonía, a la unidad, pues lo hermoso, lo verdadero y el bien son uno.

Respecto de este orden, de este espíritu geométrico, conviene recordar lo que decía Platón por la boca de Sócrates: "La geometría obliga al alma a servirse de la inteligencia para alcanzar la verdad. Es menester examinar si la geometría tiende claramente a que pueda nacer la idea del bien. Todas las ciencias que obligan al alma a volverse hacia el lugar en que se halla la parte más dichosa del ser tienden a ello. La geometría es conocimiento de lo que es eterno y puede servir de palanca al alma para elevarse hacia la verdad."

Hemos pensado en un orden estatal como en un sistema en el cual se expresasen la misma armonía y el mismo equilibrio que se desprenden de las composiciones de la arquitectura. Y eso explica que en las cosas que hemos buscado haya habido un cierto orden y una cierta simetría. Hablando de la simetría, decía Vitruvio que ésta consiste en el acuerdo de medida entre las diversas partes de la obra, como los elementos separados de su conjunto. Como en el cuerpo humano la simetría de las proporciones; es decir, lo que los griegos llamaban la analogía, la consonancia entre cada parte y el todo.

Esta simetría está regulada por el módulo, la unidad de medida común que los griegos llamaban el *número*, el número de oro, la estrella polar de vuestras fatigas, amigos arquitectos. En realidad creemos que, tanto en el plano social como en el político, tenéis una labor a la cual no podéis sustraeros, y que es de una importancia fundamental. Si las clases trabajadoras, más que las restantes capas sociales, son las representantes auténticas de un valor que no es posible suprimir, la justicia encarna este sentimiento en un impulso a veces dramático y siempre generoso. Por otra parte, si los hombres cultivados, los expertos en cualquier actividad científica o técnica investigan, a través de sus trabajos, los valores igualmente universales en el dominio de la verdad científica, corresponde a los arquitectos y a los urbanistas la difícil misión de dar a la ciudad de los hombres el rostro y el valor de la belleza. Sois vosotros quienes, al dar una forma de arte a la casa del hombre y a su ciudad, situáis en la realidad los ideales que cada cual lleva en su corazón: belleza, orden, armonía, paz, vivificados por una llama que nos ha sido transmitida y que, como servidores de Dios, nos corresponde alimentar y proteger.

En este mundo desesperado, víctima de los contrastes desordenados y de enormes y, a veces, ciegos intereses, corrompido por voluntades inhumanas, por la vanidad del poder y por la explotación del hombre por el hombre... En este mundo amenazado de perder el sentido y la luz de los valores del espíritu, el puesto de los arquitectos es un signo sin equivoco. En el seno de la comunidad los arquitectos son, entre el individuo y el Estado, los portadores de los valores más profundos y más sensibles, encarnados en la alegría y la luz de la belleza.

Por esas razones nos sentimos inclinados a reconocer a su obra una significación indudable y excepcional, porque creemos en una sociedad regenerada, que liberte y no que oprima, que reconozca y no que desprecie, que exalte y no que rechace el orden humano y divino resplandecientes en el arte, en la verdad, en la justicia y, por encima de todo, en el amor.

Permitid, pues, queridos amigos, a un huésped—y me atrevo a esperar que a un amigo—que exprese un testimonio sincero: todos los que laboran con una conciencia serena por la expansión de la arquitectura cooperan, no sólo en la afirmación de un arte y de una ciencia, sino por un tipo de civilización, que es nuestro mayor anhelo y que está destinado a hacer progresar la ciudad del hombre por el camino de la ciudad de Dios.

Animado por estos sentimientos os renuevo, queridos amigos, mi profunda gratitud.